

LA GRAMÁTICA Y EL IDIOMA

Por ANGEL ROSENBLAT



O es inquietante y extraño que siendo la lengua el más portentoso de los dones humanos, su enseñanza, en escuelas y colegios, se haya convertido en la más ingrata y fastidiosa de las asignaturas? Habrá que analizar a qué se debe un hecho tan sorprendente y doloroso.

Se debe —creo yo— a una aberración. Los maestros y profesores han sustituido el aprendizaje y perfeccionamiento de la lengua por el aprendizaje de la gramática. Digámoslo más crudamente aún: en lugar de la lengua, imponen a los alumnos un manualito de gramática, lleno de definiciones y clasificaciones absurdas, o por lo menos muy discutibles. Pero vayamos por partes.

Se ha generalizado la idea, en casi todo el mundo, de que la gramática es el sostén de la lengua, de que por medio de la gramática se aprende a hablar y escribir correctamente, y de que sin ella la lengua se vería perdida. Conviene analizar el origen de esa idea.

En la Edad Media la Gramática era la primera de las Artes, la puerta de entrada de todo el saber (*lanua omnium scientiarum*). Pero la Gramática era entonces el estudio de la lengua y la literatura latinas. El latín, lengua universal de la cultura, se aprendía en las escuelas como lengua muerta, por medio de la gramática. Con el humanismo surgió la gramática de las lenguas modernas: la española, de Nebrija, en 1492; la italiana, de Fortunio, en 1516, o la de Trissino, en 1529; la inglesa, de Barclay, en 1521; la portuguesa, de Oliveira, en 1536; la francesa, de Meigret, en 1550. Y aunque no respondían a la aspiración de enseñar la lengua materna, sino de darle

una dignidad comparable a la del latín (Nebrija quería fijar el español, facilitar indirectamente el aprendizaje de la gramática latina y proporcionar un instrumento para la enseñanza del español a los extranjeros o a los pueblos que se conquistasen), se mantuvo automáticamente la definición que se aplicaba en la Edad Media a la gramática latina: “es el arte de hablar y escribir correctamente”. Pero ¿hay alguien que haya aprendido alguna vez a hablar y escribir su lengua materna por medio de la gramática?

Una serie de autores se han burlado de esa idea. Decía Bernardin de Saint-Pierre: “No se aprende a hablar o escribir correctamente con las reglas de la Gramática, como no se aprende a andar con el conocimiento de las leyes del equilibrio”. Y lo variaba Unamuno: “de la misma manera que la fisiología (no) enseña a digerir”, “como la clasificación de las plantas de Linneo (no sirve) para aprender a cultivar la remolacha, el cáñamo o el olivo”. O Américo Castro: “como la fisiología o la acústica no enseñan a bailar o la mecánica no enseña a andar en bicicleta”. O Rodolfo Lenz: “Querer aprender una lengua por el estudio de una gramática es como aprender a tocar el violín leyendo tratados de música y métodos de violín sin tomar el instrumento, sin ejercitar los dedos”. Además, el vocabulario escapa a la gramática, y parece que tiene alguna importancia para hablar y escribir correctamente. Lo que no parece tampoco es que se adquiera por medio del Diccionario.

Los que creen que la enseñanza gramatical es esencialísima para el aprendizaje o la conservación de la lengua desconocen la historia. Toda la maravillosa literatura griega, desde Homero hasta Platón, es anterior a la existencia misma de la gramática griega, que nació en las ciudades helenísticas, donde el griego era lengua extranjera (la primera gramática griega, la de Dionisio de Tracia, es de alrededor del año 150 a.C.). Toda la portentosa literatura hebrea, la de los textos sagrados, es también anterior a la existencia de la gramática. Los himnos védicos surgieron tempranamente en la India antigua, y precisamente el afán religioso de repetirlos escrupulosamente e interpretarlos fielmente dio nacimiento a la gramática de Panini y de sus antecesores. La primera gramática castellana —ya lo hemos visto— es de 1492, cuando la literatura española llevaba varios siglos de vida y había dado algunas de sus obras maestras (la *Celestina*, por ejemplo). Y toda la extraordinaria literatura del Siglo de Oro, que vino después, desconoció totalmente los pequeños textos

gramaticales que siguieron al de Nebrija (el del Dr. Busto, de 1533; el de Cristóbal de Villalón, de 1558; el de López de Velasco, de 1582, el cual por lo demás no se volvió a editar hasta nuestros días).

La idea de la necesidad reguladora y normativa de la gramática arraiga en el siglo XVIII, con su extrema racionalización de la vida espiritual. También nace entonces (en 1713) la Academia española, a la que muchos asignan la misión providencial de salvar nuestra lengua, y que empieza a ejercer alguna influencia sobre el idioma, más en Hispanoamérica que en España, desde la segunda mitad del siglo XIX. Lenguas de tanta vitalidad literaria como el inglés o el alemán no han sentido nunca la necesidad de una Academia que las gobernase, y no parecen manifestar signos de naufragio. La lengua es expresión y reflejo de toda la vida cultural. Es decir, la gobierna la cultura.

En general, la gramática, que ha sido siempre muy útil para la enseñanza de lenguas extranjeras, ha gozado de poco prestigio entre los escritores. Voy a prescindir de testimonios viejos, que abundan bastante, y detenerme en los que me parecen más significativos. En 1634 Francisco Cascales dedica una de sus *Cartas filológicas* a la alabanza de la gramática, y dice:

“Cosa ridícula parecerá a los ojos y juicio de los doctos el atrevimiento mío de predicar, ya en voz alta, ya con animada pluma, gloriosas alabanzas de la gramática; que sólo el nombre de ella, según su baja opinión, abate la mayor soberbia, si alguna puede tener un gramático, al parecer de muchos, polvoriento y ratero”.

Es decir, la gramática estaba en opinión muy baja entre los doctos (“según su baja opinión”), y a los gramáticos los consideraban polvorientos, que no se levantaban sobre el polvo de la tierra, y *rateros*, es decir, rastreros o bajos. Parece que todavía para él *gramático* era el que enseñaba lengua latina, lo cual le confería, desde luego, mayor dignidad.

Jacob Grimm, el de los cuentos populares, autor además de la primera gramática histórica del alemán (la *Deutsche Grammatik*), decía en 1819:

“La enseñanza gramatical basada en reglas estorba el libre desarrollo del lenguaje en el niño. La lengua es un poder secreto, inconsciente. Don arraigado que no se adquiere con las desacertadas reglas de la gramática”.

Más importante es el testimonio de Goethe. En *Poesía y verdad*, confiesa:

“Me desagradaba la gramática, por considerarla simplemente como una ley arbitraria; parecíanme ridículas las reglas, ya que resultaban anuladas por tan gran número de excepciones que luego tenía que aprenderme otra vez por separado” . . .

Aludía ahí a la gramática latina. Pero en carta a un amigo, le decía:

“Aprovecha en paz la inmensa ventaja de no conocer la gramática alemana. Hace treinta años que trabajo por olvidarla”.

Es la reacción del escritor contra el poder compulsivo, esclavizador, de las normas. El afán de expresividad choca a veces con las vallas de la legislación gramatical, y hay que saber violarlas. Del mismo modo decía Haydn: “Las reglas de la teoría musical son mis muy devotos servidores”.

Aun en Francia, la tierra clásica del racionalismo y de la disciplina gramatical, no han faltado detractores. En el siglo XVIII el gran naturalista Buffon decía a Madame Genlis, que le preguntaba si debía consultar a los gramáticos:

“De esas gentes, ¡que Dios os guarde! El arte de escribir no se encuentra en sus libros, como la belleza de las flores no se encuentra en los herbarios. Herbarios y gramáticas son igualmente incapaces de presentar una frase y una flor en sus formas graciosas, con sus suaves colores, con sus movimientos y su vida; flores y frases se encuentran allí muertas: no se encuentra de ellas más que el polvo y los nombres”.

Más violento ha sido el repudio de los escritores y poetas. Se atribuye a Pierre Loti la frase siguiente: “La gramática y la belleza son enemigas”. Mallarmé y los suyos se lanzaron al ataque contra la gramática, a la que acusaban de haberse preocupado sólo de lo inteligible y haber aplastado lo más genuino del espíritu, que es lo sensible (por lo demás Mallarmé tenía buena formación filológica y dejó, con el título de *Pequeña filología*, un excelente estudio histórico de la lengua inglesa). Renán observaba que en general los gramáticos, por exceso de análisis, escribían mal. Y Anatole France consideraba una desdicha nacional la existencia misma de gramáticas

francesas, y una monstruosidad que se enseñase en un libro la lengua nativa como si fuese una lengua muerta.

En todas partes del mundo suenan voces análogas. En 1923, Máximo Gorki, en sus recuerdos de juventud, que él, formado en la dura escuela de la miseria, entre vagabundos y ex-hombres, tituló *Mis Universidades*, confesaba:

“Me sentía especialmente oprimido por la gramática, con sus formas monstruosamente estrechas y rígidas. Me sentía enteramente incapaz de exprimir de ellas el viviente, difícil y caprichosamente flexible idioma ruso”.

Detengámonos ahora en los escritores de nuestra lengua. Valle Inclán, que se inclinaba ante el poder misterioso de la palabra, dice en *La lámpara maravillosa*:

“El verbo de los poetas, como el de los santos, no requiere descifrarse por gramática para mover las almas. Su esencia es el milagro musical”.

Unamuno es aún más categórico. Para advertirle a uno que se dice *haya* y no *haiga*, no cree necesario llamarlo presente de subjuntivo: “La experiencia enseña —dice— que, enredados los maestros en las hórridas ideologías escolásticas de la gramática oficial, ni enseñan bien la lengua, ni saben ellos siquiera hablarla y escribirla bien. ¡Como que estoy por decir que nadie habla ni escribe peor que los gramáticos oficiales!” (*Obras*, VI, 586). La tal gramática —agrega— es la causante de que se enseñe mal la propia lengua y hay que librar de ella las tiernas inteligencias de los niños españoles. Insiste siempre (*Sobre la lengua española*, 1901):

“Escritor hay que afirma muy en serio que a los españoles nos hace mucha falta aprender gramática, cuando lo que necesitamos es tener qué decir, y causa en general asombro el que se declare la inutilidad de la gramática para hablar y escribir con corrección y propiedad. Es, sin embargo, la gramática que se enseña y a que se contraen los que nos las predicán. . . una disciplina meramente clasificativa y descriptiva, es algo notariesco o inventarial; reducese a poner motes, rara vez adecuados, a las formas del lenguaje, llamando, por ejemplo, pluscuamperfecto al *había amado*, y a describir en qué casos se las emplea. Suponer que eso sea para maldita la cosa de provecho, si en ello queda, es como suponer que quien sepa llamar *melolontha vulgaris* al abejerro sanjuanero, sabe de éste más que quien le

conozca por nombre popular, o no le conozca por otro nombre alguno específico”.

Y al prologar, en 1912, la *Estética* de Croce, para la cual la primera obra de arte es la lengua, y el lenguaje siempre poesía, dice:

“Es esta sana concepción del lenguaje como obra de arte lo que le hace revolverse contra los excesos del gramaticismo. Punto es éste que recomiendo a nuestros pedagogos, esclavos, por lo común, no ya de la gramática, sino de una gramática empírica, puramente clasificativa y disparatada, que se imaginan ha de hablar uno mejor su lengua materna aprendiendo a conjugar o la definición del adverbio. Y así, en vez de enseñar la lengua, enseñan gramática y la enseñan además mal”.

Ortega y Gasset es menos violento, pero de todos modos muy escéptico. Al hablar de Baroja y de sus faltas de sintaxis, dice (*Obras*, II, 75):

“La corrección gramatical —dado que exista una corrección gramatical— abunda hoy en nuestros escritores. Sensibilidad trascendente, en cambio, se encuentra en muy pocos. Tal vez en ninguno como en Baroja”.

Luego agrega: “Yo leo para aumentar mi corazón y no para tener el gusto de contemplar cómo las reglas de la gramática se cumplen una vez más en las páginas del libro”. Y cuenta un episodio de una excursión a Coria. Baroja corregía silencioso sus pruebas, y esa vez, contra su costumbre, no intervenía en la discusión. Pero de pronto prorrumpió (“Baroja tropieza en Coria con la gramática”, *Obras*, II, 78):

—¿Lo ven ustedes? No hay cosa peor que ponerse a pensar en cómo se deben decir las cosas, porque acaba uno por perder la cabeza. Yo había escrito aquí: “Aviraneta bajó de zapatillas”. Pero me he preguntado si está bien o mal dicho, y ya no sé si se debe decir: “Aviraneta bajó de zapatillas”, o bajó con zapatillas, o bajó a zapatillas”.

Azorín, lector incansable, que no perdonaba ni textos de gramática ni pesados diccionarios, con una preocupación constante por los problemas del lenguaje y una adoración por su lengua, insiste reiteradamente en la inutilidad de la gramática. Se sentía identificado con Montaigne, que había menospreciado las cuestiones ortográficas

y se preciaba de no saber lo que era un ablativo y un pluscuamperfecto. El solo texto en que debemos estudiar el idioma —dice en 1944, en *Palabras al viento*, Obras, VII, 445— “es el uso, la palabra viva, espontánea, pintoresca, correcta o no, castiza o no”. Y en *El artista y el estilo*, de 1945, cuando llevaba —son sus palabras— más de sesenta años “emborronando papel”, dice (*Obras*, VIII, 603):

“Cuando se comienza a escribir, a los veinte años o antes, no se debe parar mientes en la gramática; debemos caminar siempre adelante, sin la preocupación de si escribimos bien o mal”.

Importa entonces el ímpetu, la pujanza y el brío, más que la propiedad o pureza, y confiesa: “Consideraría un mal terrible el que por una consideración de sintaxis se enfriara un poco el ardimiento que aún me queda, afortunadamente, cuando escribo. No cambiaría una prosa llena de barbarismos e impropiedades, en que alentara la vida, por otra, sin vida, en que la pureza y la propiedad fueran intachables”.

La gramática le interesaba realmente, como distracción, y consideraba que debía reservarse para cuando ya no pudiera hacer daño (“Reservemos el estudio de la gramática para cuando ya no necesitemos de la gramática”, VIII, 603—604). Uno de sus personajes, especie de Licenciado Vidriera, declaraba (*Pensando en España*, en V, 993):

“A mi parecer, nada hay más repelente que una gramática. Para mí las gramáticas son como esas bardas de corral incrustadas de vidrios. Se impide con tal prevención que las salten los muchachos. No pude yo nunca saltar las bardas de una gramática. Todo lo que había dentro de esos libros me parecía esquivo. ¡Y la fatalidad me impelió hacia las gramáticas!”.

Sí, la fatalidad, o la soledad en tierras extrañas, le impelió hacia las gramáticas, que le sumieron en tribulación, le convencieron de que no sabía castellano, de que no sabía escribir. Otro de sus personajes (VIII, 608—613), Damián Olivares, enfermo de gramática, recurre a un especialista de nervios. Su mundo gramatical se tambalea, la luz es sombra y la sombra luz, lo que un momento parece verdad es en seguida falacia, todo es incertidumbre y titubeos, todos andan a tientas, y las silepsis, las restricciones verbales, las inconsecuencias y cambios de uso le sumen en plejidad. El médico

saca la cabeza caliente, comienza a pensar en las partes de la oración, se entrega a la lectura de las gramáticas, y seis meses después escribe un abultado legajo: “De las aberraciones de los gramáticos. Apuntes para un estudio sobre la incertidumbre del juicio humano”.

El pensamiento europeo ha reaccionado contra la gramática. Y aún más violentamente, el pensamiento lingüístico. Ferdinand de Saussure, el propulsor de todo el movimiento lingüístico de nuestro tiempo, consideraba la gramática normativa desprovista de toda visión científica y sin interés por la lengua misma, a la que aplica un criterio necesariamente estrecho. Ferdinand Brunot, el gran maestro francés, dice —en *La pensée et la langue*— que el estudio de las lenguas “es hoy en nuestras clases una enseñanza de desecho, una escuela de aburrimiento, terror de alumnos y de maestros”. Se quejaba de que la burocracia educativa, aunque había mejorado su pedagogía, no había tenido el buen gusto de renovar su catecismo. Y así, una materia de observación extraordinariamente rica, incomparable escuela de reflexión psicológica y lógica, sencilla o compleja según se quisiese, que podía conducir, con ejercicios bien graduados, a las más extremas delicadezas del pensamiento y la expresión, se veía malograda por el espíritu de rutina y por la ignorancia. Brunot examinaba los libros de texto, y sentía profunda piedad por los centenares de miles de niños condenados a sufrir una educación compuesta de tales aberraciones: “*Librejos secos* (“des secs petits bouquins”) los llama Anatole France, que adivina; *Libros vergonzosos*, los llama Meillet, que sabe”. Y pedía que se recopilase un “Libro de reglas falsas”, que se convertiría en libro de liberación nacional.

Antoine Meillet, Ferdinand Brunot y otros grandes maestros representan la reacción del movimiento lingüístico francés, producida también entre los lingüistas de todo el mundo. El estudio de las lenguas se ha renovado desde sus cimientos en los últimos ciento cincuenta años, y la enseñanza gramatical sigue en ayunas, manteniendo imperturbable la letra de los viejos manuales. En España e Hispanoamérica se ha repetido hasta la saciedad o empobrecido hasta la indigencia la escasa doctrina de la Academia, siempre retrasada por naturaleza. Ya Bello reaccionaba en su tiempo contra las falsas definiciones: “Se repiten y se repetirán, Dios sabe hasta cuándo, porque la gramática está bajo el yugo de la venerable

rutina". Américo Castro llama a la gramática "fósil de nuestra cultura". Y Unamuno, que opina ahora como filólogo (fue efectivamente profesor de Gramática histórica de la Universidad de Salamanca y siguió con interés activo el movimiento filológico de su tiempo) considera los textos oficiales de enseñanza verdaderos "engendros" y "un baldón de ignominia para la cultura española". Y dice del *Epítome* académico: "Epítome de disparates y vaciedades —más vaciedades que disparates, con haber tantos de éstos— donde se encuentra entre otras la divertida especie de que en castellano todos los monosílabos son agudos".

En realidad, desde un punto de vista científico la enseñanza de nuestros maestros y profesores es muy vulnerable. Por culpa, en gran parte, del retraso académico, mantienen los conceptos y definiciones de la vieja Prosodia, aunque la Fonética experimental y la Fonología modernas han puesto el estudio de nuestra pronunciación sobre bases enteramente nuevas. Y así se continúa con la lamentable confusión de letras y sonidos, se define la sílaba como una "emisión de voz" y se habla de vocales fuertes y débiles sin poder explicar de ningún modo el funcionamiento de diptongos y triptongos. Muchos hechos del lenguaje (el artículo *el* de *el alma*, la conjunción *e* de *Juan e Inés*, etc.) se explican por una fantástica ley de eufonía, cuando la gramática histórica los ha aclarado meridianamente hace más de cien años. Se sigue atosigando a los alumnos con una falsa declinación nominal que es un calco de la latina, y se mantienen definiciones absolutamente falsas, que se remontan a la escolástica medieval. No se puede concebir un atraso más lamentable.

La enseñanza gramatical no se ha enterado aún de las aportaciones de siglo y medio de Lingüística (Gramática comparada, Gramática histórica, etc.). Y llegamos ahora a una encrucijada nueva. Hoy todo el edificio de la gramática está tambaleante. El estructuralismo danés y los estructuralismos norteamericanos (la última palabra es la gramática generativa) tratan de construir sobre bases nuevas toda la doctrina gramatical. Y los maestros y profesores, en lugar de inquietarse y preguntar qué pasa, siguen en una pasmosa inmutabilidad, abrevando en sus manuales anacrónicos. Es mucho pedirles que se pongan al día en la doctrina, que se encuentra en renovación vertiginosa. Pero parece hora de pedirles que piensen si la labor que están desarrollando no es dañina para la mente infantil.

¿Habrá que suprimir entonces radicalmente la enseñanza gramatical y desalojarla afrentosamente de nuestros centros educativos? Quiero puntualizar claramente mi opinión. La gramática no enseña a hablar o escribir la lengua materna, y una serie de correcciones de lenguaje (no digan *haiga, mesmo, trujo, habemos, han habido fiestas, hacen muchos años*, etc.) pueden hacerse perfectamente, y así se procede en realidad, en nombre del sacrosanto uso y de la buena educación. Pero la gramática tiene un enorme interés humano. La lengua —ya lo hemos dicho— es el más maravilloso de los dones humanos. El hombre tiene apetencia de saber.  No estudiamos la Física para conocer los hechos de nuestro mundo, la Anatomía y la Fisiología para comprender el funcionamiento de nuestro organismo, la Botánica y la Zoología para captar la maravilla y riqueza del mundo vegetal y animal? La lengua es la más humana de las condiciones del hombre  y no nos va interesar el conocimiento de su estructura íntima y de su funcionamiento?

El desprestigio de la gramática tradicional, con sus falsos principios y sus desorbitados objetivos, coincide con el nacimiento de una gramática nueva. La ling stica moderna (la corriente sincrónica que dignificó Ferdinand de Saussure) y la estilística (la de la lengua, de Bally; la del habla, de Vossler; la de la escuela alemana, como espejo o revelación del alma nacional) postulan una sistematización científica de la lengua. Y la postula también todo el movimiento filosófico contemporáneo (la filosofía de las formas simbólicas de Cassirer, la lógica simbólica, el atomismo lógico de Bertrand Russell, la fenomenología de Husserl, el pensamiento de Heidegger, el positivismo lógico de Viena). Es imperativo el estudio de la realidad viva de la lengua, no como una mediocre disciplina normativa, sino como el estudio de la portentosa realidad del lenguaje, fundamento de toda la vida espiritual. Pero esta gramática nueva no puede llegar del mismo modo a la escuela, a la enseñanza normal y secundaria y a la universidad.

Empecemos por la escuela. “Se forman las cabezas por las lenguas —decía Rousseau y repetía Andrés Bello— y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas”. Se observa en el niño, desde la cuna, una creciente avidez de palabras, de nombres, que es su manera de apropiarse el mundo (la manera como la niña Hellen Keller, sorda, muda y ciega, adquiriri  el don de la palabra, lo atestigua

dramáticamente). ¿No mata esa avidez el maestro, con tanta gramatiquería inútil y falsa? ¿No hay en esa avidez un fundamento para todo el desarrollo del espíritu? Mi opinión es que para formar "las cabezas", la escuela no debe enseñar nunca gramática, sino la lengua. Mucha, muchísima lectura, lectura oral, lectura comentada por el profesor, lectura explicada por el alumno, lectura en clase, lectura en casa, lectura de cuentos (hay que alimentar la imaginación del niño), lectura de leyendas, biografías, fábulas, chistes, anécdotas, episodios históricos, discursos, proclamas, lectura de pequeños trozos y de libros completos, adecuados a cada edad. Y mucha escritura, copia, redacción, composición (sobre temas libres o señalados), cartas de toda clase, resúmenes de cualquier tema, conversión en prosa de trozos poéticos, y escribir en clase y escribir en la casa. Y junto con la lectura y la escritura, habituar al alumno a hablar bien, a expresarse con corrección, a pronunciar decorosamente, a enriquecer su lengua. Todo lo que se haga en ese triple sentido es poco. Porque a través de la lengua, y como complemento de ella, se puede enseñar historia, geografía y hasta ciencias naturales. En rigor, se puede enseñar todo, excepto matemáticas. Y aun en matemáticas la experiencia muestra que muchos alumnos fracasan por no leer bien el enunciado de los problemas.

La enseñanza de la lectura, la escritura y la expresión oral deben llevar al maestro a ejercer su acción normativa. Hoy llegan a la escuela niños de todos los sectores sociales, que reflejan en su pronunciación, en su morfología, en su léxico, las más diversas, y hasta catastróficas, tendencias de transformación lingüística. La escuela debe darles a todos un nivel de lengua decorosa. ¿Podrá lograrlo con la larga definición del artículo o con la controvertida distinción de predicado y atributo? Laura Brackenbury, partidaria decidida de la enseñanza gramatical —por su utilidad para pensar, dice— cree, por larga experiencia, que la gramática sólo se empieza a entender a los doce años, y que puede hacer daño empezar antes. El maestro es el que debe saber gramática, el alumno no. La educación en el propio idioma debe estar presidida por un ideal de lengua limpia, sin la bobalicona pedantería purista. El maestro debe partir siempre de un hecho para remontarse a algunos principios generales, explicar las reglas de la acentuación, aclarar algunas dificultades ortográficas (nada de las infinitas reglas indigestas y

contraproducentes, con sus infinitas excepciones), hacer ver los hechos de la concordancia, hacer conjugar los verbos más usados y explicar prácticamente a qué palabras llaman sustantivos y a cuáles preposición o interjección. Nada de definiciones, siempre falsas. Es más fácil explicarle al alumno cuál es el verbo haciéndole conjugar que diciéndole (es la definición académica) que “es la parte de la oración que designa estado, acción o pasión, casi siempre con expresión de tiempo o persona” (el *casi siempre* invalida la definición, que también en lo demás es enteramente falsa). Es más fácil y eficaz explicarle al alumno que llamamos artículo a la palabra *el* o *la* de *el hombre, la mujer*, que darle una definición, siempre desmedida para un par de palabras. El precepto de Amado Alonso era que se enseñase poco, pero de manera irreprochable: “Si hay que saber algo, en el terreno que fuere, que se sepa bien, del mismo modo que si hay que hacer algo, que se haga bien”. En suma, en la enseñanza primaria, un mínimo de nociones gramaticales, en dosis homeopáticas y limitado a los grados superiores, y en todos los grados mucha lectura, escritura y expresión oral, con un permanente afán de perfeccionamiento del lenguaje.

Claro que ello presupone una preparación adecuada de los maestros, y aquí sí me echo a temblar. La formación del maestro debiera estar centrada en la amplia educación de su lenguaje. ¿No es mucho pedir? Ya sé que la mayoría de los profesores de las escuelas normales, y de los liceos y colegios secundarios, sustituyen la grandeza del lenguaje por la pequeñez de un manualito. Creo que no cabe ser maestro sin amor a la lectura, sin cariño por la lengua. Y en el maestro el cultivo de la lengua debe unirse con un conocimiento de todo el sistema gramatical. Más aún, con cierta formación lingüística que le permita interpretar los hechos del lenguaje. El maestro recibe alumnos de las más diversas procedencias, de los más heterogéneos estratos sociales. Debe saber lo que es el lenguaje. No despreciar nunca los modos de expresión que trae el alumno de su familia o de su pueblo, sino saber interpretarlos, entenderlos en su realidad viva, tomarlos como base de perfeccionamiento.

Los liceos y colegios no exigen una formación tan especializada y concreta. La enseñanza de la lengua debe reposar siempre sobre la base de la lectura, la escritura y la expresión oral, pero conviene cierta sistematización. Sí, hay que enseñar las líneas generales del sistema gramatical, pero con moderación, con criterio descriptivo y funcional. La doctrina debe ser moderna, sencilla y exacta, y no

absorber más de un cuarto del tiempo disponible (una tercera parte admitía Amado Alonso; media hora semanal, a partir de los catorce años, quería Laura Brackenbury). Y debe ir unida siempre a ejercicios prácticos y a la corrección de los defectos más comunes. La gramática al servicio de la lengua, y no la lengua al servicio de la gramática.

La doctrina gramatical como teoría, junto con una formación lingüística general, queda reservada para la universidad y los institutos de formación del profesorado. El licenciado en letras y el profesor de castellano deben adquirir una formación que les permita ser guías eficaces, capaces de aclarar, con una perspectiva amplia, los hechos concretos que se les presenten. La Universidad y el Instituto Pedagógico deben repudiar una doctrina prefabricada, y plantear las ideas gramaticales como se plantean siempre las ideas: como tentativas de interpretación, discutibles, problemáticas. La gramática no es un dogma, susceptible de catecismo, ni lo puede ser. Las mentes de nuestros futuros humanistas y profesores deben estar abiertas a la discusión y al análisis. Pero aún más urgente es despertar en los maestros y profesores la necesidad de renovar los viejos conocimientos y estimular un espíritu hospitalario para las ideas nuevas. Nada está hecho, todo está en gestación. Nuestros institutos superiores deben emanciparse además de la tendencia, tan frecuente entre alumnos y profesores, a rebajar el nivel teórico en busca de conocimientos prácticos y utilitarios. Ha de valer siempre el sabio precepto de Leonardo: "La teoría es el capitán, la práctica son los soldados".

ANGEL ROSENBLAT: Notable escritor y filólogo argentino, discípulo de don Pedro Henríquez Ureña. Nacido en Polonia en 1902.

